

W. H. Freeman & Co.

F. HARDY

MADRID

NEW YORK



Diputación Provincial
de Madrid

Biblioteca

Reg. *7110*

Vols. *F. Prestaw*

Sig. **mad 95*



A-569

74
L-0
no 1244

F. HARDT



Madrid nuevo



MADRID
TIPOGRAFÍA DE MANUEL G. HERNÁNDEZ
IMPRESOR DE LA REAL CASA
Libertad, 16 duplicado
1889

Diputación
Provincial

Biblioteca

Reg. 7110
Vols. f. de Pentam
Sig. Mad. 178



MADRID NUEVO



C.M.
19
/ 1
h.o.x

2732



F. HARDT

R
7110



MADRID NUEVO



MADRID
TIPOGRAFÍA DE MANUEL G. HERNÁNDEZ

IMPRESOR DE LA REAL CASA

Libertad, 16 duplicado

1888



MADRID NUEVO

LIMPIEZA



LLO es incuestionable; desde que las primeras Ordenanzas de policía urbana se publicaron en la Plaza Mayor por voz de pregonero el 29 de Enero del año del Señor de 1591 hasta las que medita y discute por estos días el Ayuntamiento, la villa de Madrid ha progresado mucho. Basta hojear los libros de Mesonero Romanos, de Sepúlveda, y, sobre todo, los del concejal autor de la *Guía*, D. Ángel Fernández de los Ríos, para persuadirse de que mejor que villa, no obstante la fijación y estancia de la corte, á pesar de los hiperbólicos conceptos de sus habitantes ordinarios, era antaño un villorrio que nada tenía de común ni semejante con las ciudades de Flandes y de Italia que por aquel entonces formaban parte de la Monarquía española.

La Condesa de Aulnoy (*La Cour et la ville de Madrid*) nos dejó una pintura poco grata de los adelantos que en higiene, limpieza y ornato había hecho la hija del Manzanares durante la vida de los tres Felipes, y luego bajo la gobernación de D. Juan de Austria; aquel D. Juan «que bajó el caballo y subió el pan.» Lugarucho, más moro que cristiano; fangal oloroso donde se atascaban á cada rato las carrozas de tiros largos, Madrid era capital que sorprendía á los extranjeros que la visitaban.

Doña Isabel Farnesio no quería convencerse de haber concluído la jornada, y de que en realidad estaba en el centro de que habían salido leyes y ordenanzas para dos mundos. Los hombres embozados en las capas, las mujeres envueltas en los mantos, la hacían creer en un pueblo de fantasmas, para soñado bueno.

Carlos III, al llegar de Nápoles, observaba, como su madre, que en la comparación con cualquiera otra de las grandes poblaciones de Europa, no salía Madrid gananciosa. Más decidido que los otros Reyes antecesores, tomó por su cuenta lo que en cuenta no tenían los vecinos de la villa. Las capas originaron la batalla que capitaneó Esquilache, y otras muchas con el tren formidable dirigido por el coronel Sabatini, la persuasión de que hay lugares que no son excusados, aunque por aquí se empeñaran en considerarlos tales.

Hoy causa risa recordar que las innovaciones costaron sangre; que no sin ella, sin oposición tenaz y sin disgustos, caducó el bando obligatorio de gritar *¡agua va!* desde las ventanas, y se secaron los *arroyos* permanentes de las calles; arroyos ó depósitos que todavía subsisten en no pocas poblaciones de Castilla, sin duda por subsistir en el *Diccionario de la Lengua* la acepción de la voz excusado, sinónima de supérfluo é inútil.

En Madrid vencieron la constancia y el tren de Sabatini; vencieron, mejor dicho, la iniciativa y la imposición de un Rey habituado á vivir en atmósfera más nítida; y, puestos los cimientos, la obra de reformación siguió, aunque lenta, continuamente, por impulso aislado de algún corregidor celoso; por estímulo de los propietarios de fincas urbanas, embarazado, detenido ó esterilizado regularmente por la corporación llamada á dirigirlo, sin diferencia de los tiempos en que la componían los señores regidores perpetuos, á los posteriores en que la elección popular designó á los concejales.

Ello es incuestionable que Madrid ha progresado de todos modos. Las casas á la malicia con sus celosías; los portales que habían sustituido á los arroyos; el soto de Migas-Calientes; el Corral del Príncipe; aquellos divertidos letreros anunciando las «medias para clérigos de lana» ó que «hoy no se

ña aquí»; la Mari-blanca de la Puerta del Sol; el Mesón de los Huevos y el Parador de Rozas; muchas otras casas y cosas han desaparecido poco á poco dejando apenas vestigio con esos libros aludidos de *Madrid Viejo*, útiles y entretenidos bajo el punto de vista histórico todos; sospechosos de parcialidad y de pasión algunos; de conjunto estrecho é incompleto, que hace desear otro de *Madrid Nuevo*, donde los términos de comparación ensanchen los horizontes del razonamiento puramente local hasta ahora.

Madrid ha prosperado; pero ¿son los adelantos proporcionados á los tiempos, al aumento de población y de recursos? Nadie nos lo ha dicho; no se ha emprendido, al parecer, el estudio serio de tan importante asunto, y hay quien piensa, en su ausencia, que la villa del Oso y el Madroño, como en la vida de Felipe III, que la coronó definitivamente; como en los días en que maravillaba á la Condesa de Aulnoy y á la Reina Parmesana, continúa tan apartada ó más en el parangón, no ya de las capitales de otros reinos, sino de cualquier ciudad subalterna de población numérica equivalente, figurando en Europa en un grado de inferioridad lastimosa.

¿En qué consisten la lentitud y los tropiezos del avance? ¿Se hallan los obstáculos en el clima, en la altitud, en las condiciones del suelo, ó hay más bien que buscarlos en las condiciones de los hombres?

El autor de *Madrid nuevo* tendrá que averiguarlo y lo averiguará si toma por senda distinta de la que se siguió en una de las obras que consideran al Madrid de estos días en capítulo titulado *La villa material y moral desde que fué Corte*.

Nueva York se encuentra en paraje donde el frío y el calor exceden en muchos grados á los de esta; el suelo de Amsterdam era una ciénaga incomparablemente peor que la de Venecia, donde no se siente la influencia de las mareas; Lisboa encierra vericuetos que harán parecer llana á la calle del Piemonte; Hong-Kong tiene las suyas en escalones; cualquiera de ellas, y cien ciudades más, dan testimonio de que los ríos se encauzan, los altos se desmontan, los suelos bajos se transforman. Si no hay obstáculo material que la inteligencia y la labor del hombre no destruyan ó superen, forzoso será dedu-

cir que labor é inteligencia es lo que en Madrid ha faltado y falta.

¿Y los recursos? Esta es otra de las averiguaciones reservadas al autor del *Madrid nuevo*; y sin embargo, no parecerá temerario suponer que en los recursos no consiste el abandono de los servicios de ornato y policía de la capital de España, no pudiendo ser inferiores á los de Florencia, Génova, Marsella, Liverpool, Buda-Pest y otras ciudades limpias y hermosas.

La limpieza, que no exige sacrificios grandes, es precisamente lo menos atendido, lo que por excusado impresiona desagradablemente al que por vez primera viene del extranjero. El acceso á la población por cualquiera de los caminos: sí de hierro, con la vista del Manzanares ó de la estación y cerros de Atocha; si por las mal denominadas carreteras, la ronda, las casillas del fisco, los trapos al sol, el lodo por do quiera.

En las calles no desaparece, se modifica á lo más el efecto de los sentidos según la estación del año y los sistemas de pavimento que se van encontrando, malos y sucios todos; con lodo los más en invierno ó en verano. De no cabalgar en mula como en los buenos tiempos de la Casa de Austria; de no adoptar el hábito de los antiguos pastores de las Landas de caminar con zancos, á menos de acudir á los servicios de un coche de alquiler, con ocasión de examinar el aderezo *sui generis* madrileño de coche, caballo y cochero, hay que reñir también con la limpieza del calzado ó algo más.

Madrid no será población de piso malo para los que no ponen los piés en el suelo, y á costa de las ballestas de los coches propios salvan los baches, montan los rieles de tranvías, atraviesan las lagunas salpicando sin miramiento á los pedestres, cuyo paso interrumpen ó detienen en los sitios de más concurrencia.

¿Son acaso recursos los que faltan para librar de suciedad y de molestia al transeunte?

No, ciertamente; en todas partes llueve y se hace lodo; en pocas habrá más personal del que el Ayuntamiento de Madrid sostiene con destino á esas necesidades no cubiertas. En la constitución, en la dirección, en la vigilancia de ese personal;

en el material de que se le provee, en la inteligencia, el gusto y el buen deseo de los que inspeccionan y ordenan, estriba que el servicio se haga bien ó mal.

Pocos espectáculos más entretenidos se ofrecen al observador que el de cualquiera de las cuadrillas de treinta á cincuenta hombres que el Ayuntamiento destaca de vez en cuando á la reparación de las vías cuando llegan á estar de todo punto intransitables. El número, la composición, el pelaje de los operarios, los instrumentos primitivos de que se valen, la cuantía de su trabajo útil; la disposición de los capataces, la actividad de la lengua por compensación de la parsimonia de las manos; el consumo de tabaco y la elaboración de saliva, dan campo á un mundo de reflexiones por conclusión de las cuales se advierte bien por qué la coronada villa gastando más, produce menos que cualquiera villa sin corona.

Pasando de las calles á las plazas con pretensiones de *squares*, á los paseos, á los jardines; esto es, á los lugares que requieren tras el buen gusto de la traza, el asiduo cuidado de la conservación, se nota más que el descuido domina en todo. Jardines se forman á gran costa; duran tres meses, por espacio de nueve pasan á ser estercoleros, y se vuelven á hacer con otra disposición que demuestra el amor de la novedad. Mas no se busquen en ellas los mosaicos de piedrecitas de Lisboa, los cuadros de la *Villa Reale* de Nápoles; los primorosos juegos de niños del *Prater* de Viena; las cartelas de anuncios de Londres; las masas de verdura de Basilea.

Como Es cansado hacer responsable al clima de lo que no sabe remediar la incuria. Semíramis hizo jardines en el aire; los indios mejicanos, en el agua; en la tierra del Cabo de Buena Esperanza, y en las arenas del Sahara mismo, los sabe hacer el arte.

A fé que no es el clima responsable de que los accesorios que tanto contribuyen al embellecimiento de los sitios destinados á la amenidad, que producen y no cuestan; que las instalaciones de iniciativa privada, aguaduchos, kioscos, pabellones de flores, teatros y circos infantiles, columpios, sombreros, sean por acá del modelo expuesto en lugar preeminente, el Hipodromo del Dos de Mayo.



La conservación, como corolario de la limpieza, cosa es sin aplicación municipal. Lo mismo que en plazas, jardines ó paseos, se deja ver en cualquiera de las construcciones puestas al cuidado de los modernos ediles. Acabada una fábrica, palacio, puerta, verja, no admite la previsión que hagan falta esponjas ni pinturas; es decir, cuidado que mantenga el ser en que la entrega el arquitecto. Se inaugura con solemnidad; se deja bajo el dominio de la intemperie y de los granujas; cuando se cae, se rehace.

Ejemplos señalados presentan los mercados de la Cebada y los Mostenses, construídos por los planos y con los materiales propios adoptados en las grandes capitales. El persianaje de cristal va desapareciendo, reemplazándolo privadamente la comodidad de los arrendatarios de los puestos, con esteras ó lienzos de aspecto y forma más para vistos que para descritos; la pintura tiempo há que desapareció; y esto baste de exterioridades, que penetrar en el recinto requiere pulmones acostumbrados y llevaría la pluma á la descripción de los carros de la carne, de los mozos que los conducen, de los maragatos pescaderos y de los trajes impermeables de los más de los abastecedores, puestos en contacto con aquellos artículos á que comunican la sustancia.

Los abastos merecen capítulo especial en el libro de *Madrid nuevo*, donde se examine cómo viven y cómo comen sus habitantes; donde se haga palpable la continuidad de las tradiciones de la venta de Maritornes con la próspera existencia de la posada del Peine; de los figones de malcocinado, con las tabernas florecientes y los merenderos de callos y caracoles, y donde se busque algo parecido por las ciudades del Viejo y del Nuevo Mundo, acompañando estadísticas de consumo de jabón y jornales de lavanderas.

De estos asuntos particulares no sería justo tildar en absoluto á los que por signo de la representación popular llevan fagín morado, que es color ambiguo; lo justo es que el mandatario se amolde á los gustos, y aun á los caprichos del mandante, y en esto no suelen descuidarse tanto. Otro ejemplo de *square* lo testificará.

En sitio que no es de los más céntricos, estimó conveniente

el Municipio adornar cierto espacio plantando una docena de arbolitos; entre ellos media de asientos de piedra bastante bien labrada, y en el centro un candelabro con gran pedestal; sin duda no fué del agrado del vecindario la transformación, pues que al poco tiempo el pedestal tenía rotas las aristas y machacadas las molduras; los seis bancos yacían en el suelo, quedando los árboles mustios y amarillentos por señal de uno de tantos fangales de la villa. El Ayuntamiento no tenía por allí vigilante que impidiera la devastación, ni ha tenido después autoridad que la corrija, ni inspección que la advierta. Queriendo complacer á los concurrentes de la plaza, fuera natural volverla á su estado primitivo, al de la naturaleza hollada; dejar los bancos en el suelo hasta otro año no lo parece, si no se trata de introducir la ruína por ornato, sabiendo que ornato son las ruínas de otra especie, pasando por manos hábiles.

Todo lo más que por descargo del Concejo podrá alegarse, es que el obstáculo mayor mil veces que el clima, el suelo y el dinero, obstáculos opuestos á sus gestiones (dado que fueran acertadas), con que no lucharán acaso los burgomaestres de Holanda ni los Podestá de Italia ó de otras regiones, es la enemistad de los administrados con la limpieza y el orden; mas, aún cuando la concesión se hiciera, reconociendo por escuela que salido el Concejo de la masa del común, necesariamente participa de sus condiciones; de la enemistad dicha entre todas las obligaciones que con la elección van en teoría aparejadas; el deber de distinguir lo malo de lo bueno se imponen dando razón al que pretenda reclamarlas.

Cosa vieja es la despreocupación (llamémosla así) de los españoles. Los historiadores han acopiado muchos datos con que dar á entender lo que las sucesivas generaciones cuidaban del aliño de la persona; el famoso libro del doctor Limón, probando que los baños afeminan y perjudican á la salud, seguido de las pragmáticas prohibiéndolos por uso mahometano; las pesquisas de la Inquisición de los que se mudaban de camisa en sábado; las pinturas al natural de los estudiantes de Salamanca y de Alcalá; de las hospederías y pupilajes al tenor del de el Gran Tacaño; de los cuellos de los hidalgos; las

ropillas de los andantes en corte; las capas de los asistentes á la sopa de los conventos; las antesalas, y aun salas de los ricos-homes, bastan á acreditar de cuán atrás viene en todas las clases de la sociedad la enemistad de que hablábamos.

Pero los Concejos tienen escuelas destinadas á enseñar al que no sabe: lo mismo que en las de los Estados Unidos de América se hace saber á los muchachos la Constitución federal, y se los inculca el respeto á los nidos de los pájaros en las de Alemania, podrían en las de aquí empezarse por iniciarles en que las estatuas no se erigen precisamente por blanco de pedradas, ni los propietarios de casas, tiendas ó almacenes se afanan adornando fachadas y escaparates con el exclusivo objeto de que el primer zagalón que pase, luzca en la superficie barnizada la gallardía de la letra escribiendo las palabras más groseras é ilustrándolas con figuras en consonancia con ellas. Nada se perdería con el ensayo de predicación, alargando las esperanzas del fruto á diez ó doce generaciones. En todo evento si se probara que la antipatía de lo bello y lo adornado es, como la aversión al agua clara, nativa y por consiguiente incorregible, como en ciertas especies de animales, quedarán como están los educandos y *laus Deo*.

En el ensayo cabría emplear esa que se dice irresistible palanca de la prensa, si cosa tan pequeña no distrajera el discurso mejor empleado en instruirnos en el buen gobierno de los pueblos. Cabría también, á primera vista, alguna parte al Estado y á sus gobernantes, de quienes todo lo esperamos y á quienes todo lo pedimos. La enseñanza pública depende del Gobierno que formula los planes y aprueba los textos; sin embargo, pensándolo mejor se descubre la incapacidad del Gobierno en semejante asunto, sin necesidad de acudir á la consideración de que no se debe mandar lo que no se ha de cumplir; con solo un paseito por las oficinas ó establecimientos que rige, donde el ejemplo fuera más eficaz que un tomo de decretos.

Empecemos por el Ministerio de Fomento, centro de instrucción, cuna de las obras públicas, conservatorio de las artes asiento natural del ingenio en cualquiera de sus manifestaciones. El vetusto edificio de exterior desconchado, ornado de

carteles anunciadores de chocolate, pastillas contra la tos ó remedios contra males secretos; el reloj que no apunta, el portalón destartalado, hacen dudar que allí se alojen é inspiren tantas eminencias, y aun parecen negarlo las galerías y covachelas rodeando un patio al nivel de los jardines del Ayuntamiento toda vez que allí se ven escombros, cajas vacías, cañas de escoba, cordeles con pañales y mantillas, de la prole del Ministro, pensará cualquiera, cuando se ostentan en lugar tan preferente.

El Ministerio de la Gobernación del Reino, no es menos digno de visita. Hay otro patio cuya cubierta costó muchos miles de pesetas para venir á cobijar fidelísimo trasunto de lo que por el Rastro llaman las Américas. Por la escalera, alfombrada de puntas de cigarros, se llega á covachuelas semejantes á las del otro Ministerio: los cristales se limpiarían acaso cuando era el edificio Casa de Correos; los pisos, porque de allí arranca el origen de las carreteras de España, igualados están á las carreteras españolas.

Cuál será el estado de las dependencias inferiores, por aquí se colige. Cuanto más públicas y concurridas, Gobierno civil, Correos, Telégrafos, tanto más resalta el abandono de toda conveniencia en que se encuentran.

Cualquiera de estos edificios del Estado cuenta con personal más que suficiente para tenerlos limpios como el oro; personal que ha debido servir en el ejército, al tenor de la ley, y aprendido, por tanto, á llevar con soltura y decoro el uniforme galoneado de portero ú ordenanza. Otros tiempos, otros usos; aprende pronto que el peine, la navaja y el cepillo se guardan en el canuto de hoja de lata, juntamente con la licencia de no usarlos; sobre la levita mugrienta, envuelve el cuello en la bufanda-manta de sus delicias; calza zapatillas, siéntase al brasero, y como antaño tanto saludó, no saluda á nadie.

El centro de Telégrafos equipó, á imitación de las prácticas parisienses, unos cuantos muchachos portadores de despachos. ¡Lástima de ropita! Es de ver cómo la han puesto de lamparones los rapaces, y la desenvoltura con que marchan: la gorra, en el cogote; la corbata, verde ó amarilla por más vistosa; la cartera en la mano y el despacho donde Dios quiere.

En los citados departamentos públicos no hay, por lo visto, quien reviste, inspeccione, reprenda ó castigue á la gente desmandada; la solidaridad en negligencia alcanza en escala gradual desde el oficial al ministro, y hé aquí por qué el Gobierno carece de aptitud para estigmatizar lo que en sus casas y á su vista tolera, consiente y estimula en cierto modo.

Los templos de Madrid son pobres; no se ha extendido la generosidad de los fieles á dotarlos de pavimento de maderas enceradas, caloríferos, cortinaje tupido, asientos decorosos, ni menos á que tengan servidores de frac y guante, orquesta, coros, cual los que prestan al culto divino la magnificencia con que se celebra en otros países católicos. Por superfluidad no hay siquiera limpia-piés en las puertas, atendiendo á lo poco que tiene que perder una estera de pleita, que más bien gana capas superpuestas. El monaguillo perpetuado en bronce por Benlliure, con los zapatos rotos, la sotanilla tachonada de cera, el pelo intrincado, la cara picaresca y con churretes, para tocar la campanilla y vaciar al descuido las vinajeras, sirve casi tanto como persona intachable que vistiera sobrepelliz planchada á diario. Pedir aseo en lugar frecuentado por quien no lo tiene, equivaldría á pedir peras al olmo; no obstante, una singularidad distingue el interior de las iglesias de cualquier edificio público madrileño; á cambio de más abundantes memorias de los parques de Arcachón, no existe el tapiz general de puntas de cigarros, reservado al pórtico por fondo del cuadro saliente de ciegos y tullidos en los momentos que descansan de su paseo cotidiano por legiones en calles y paseos.

Siendo la limpieza quisicosa que cae por fuera, sin relación con la moral ni con la política, no es de creer que la Academia dé estos títulos, la adopte por tema de las Memorias que premia. Tendría que considerarla como su hermana la de la Lengua en cualquiera de estas acepciones del *Diccionario* novísimo: «LIMPIO, PIA, adj. Dícese comunmente de los granos. Aplícase á las personas ó familias que no tienen mezcla de raza de moros, judíos, herejes ó penitenciados.»

Limpio de manos no significa que el hombre se las lave con agua y jabón.

La palanca de la prensa de que hablábamos, se mueve con más facilidad en halago de las pasiones ó sentimientos populares, que cuando se trata de levantar y trastornar su peso. Habrá personas que no hayan olvidado el aluvión de artículos notables que produjo un imitador de Theophile Gautier, visitante de nuestra excelente capital, muy obsequiado en ella y que de regreso en la de París daba á la estampa relación de sucesos de esta guisa.

Falleció en Madrid una dama extranjera en circunstancias que hicieron necesaria la intervención judicial en testamentaria: formóse el inventario de efectos, reclamado el concurso pericial en la estimación de algunos y sentóse la siguiente partida:

«Un mueblecito de caoba de figura de guitarra, con cuatro patas. Uso desconocido.»

Aquí fué Troya! Propinaron nuestros diarios al insolente viajero el merecido correctivo, demostrando, como se demuestra que dos paralelas no se encuentran nunca, que si la villa de Madrid deja poco que desear, las villanas y los villanos también dan diez y raya en pulcritud al mismísimo lucero del alba.





MADRID NUEVO

II

CULTURA

HUBO un tiempo en que llegó á ser proverbial la cortesía española. Salido de la Edad Media, período durante el que la ilustración fué privativa de las órdenes religiosas; entrado en el de expansión el pueblo de frailes y soldados, y soldados frailes, vencedor en la porfiada lucha de la reconquista, el descubrimiento de América simultáneamente con las empresas de Carlos V, lo esparció por el orbe, de forma que viera las maravillas de la Naturaleza; á la vez que el resultado á que conduce la asociación de los hombres, y como piedra que rodando largo rompe primero las aristas, se afina luego y adquiere pulimento y brillo al cabo, frailes y soldados aventureros, discurriendo y comentando en las materias del saber humano elevaron el nivel intelectual de la nación á su siglo de oro.

Vueltos de las campañas ó exploraciones á los pueblos; sirviendo el Señor dentro de la heredad en contacto con los que se la labraban, el soldado en la plaza, el monje en el

púlpito, el maestro en las aulas, en los Consejos los letrados, á una propagaban y mantenían las corrientes de la cultura, mientras no llegó á significarse la pendiente del descenso, más rápido siempre que la subida, en el orden moral, como en el físico.

División, contienda, lucha fratricida, inseguridad personal, reconcentración consiguiente de los acaudalados con abandono de los distritos rurales, confusión interior, aislamiento de fuera, precipitaron la bajada á sima tan profunda, que hubo de oirse con mortificación punzante designar el borde con frase bien ajena á la fama anterior de urbanidad é hidalguía. *Africa empieza en los Pirineos.*

¿Hubo jamás razón para decirlo?

Analizando los cambios de costumbre se ofrece primero á la consideración el del lenguaje de los Mendozas y Villalobos, universalizado con la prepotencia de la literatura y de las armas. Brantôme, escritor francés del siglo XVI, formó catálogo de los *juramentos españoles*, que por entonces caían en gracia. Pasaban de cincuenta, los más graves, rayanos en la blasfemia y que solían provocar, dichos, la salida á relucir de las espadas; eran *voto á tal y pesie á cual*. Andando el tiempo la blasfemia pasó la raya de lo increíble y de lo repugnante, y el juramento se convirtió en interjección de variedad tan rica como grosera. Ningún idioma tiene equivalentes en la idea, en la pronunciación ni el sentido: en los que hablan otros no se hallará persona culta que se permita pronunciar los más inocentes y anodinos: en África, los berberiscos no los conocen; entre nosotros, sin diferencia del mozo de mulas al que se dice caballero y bien educado, en público como en la intimidad se ingieren á guisa de puntuación en la escritura ó de salpimento en los platos.

Por mayor energía y expresión cambió asimismo el tono mesurado y circunspecto que los añejos hidalgos por acá, como las personas educadas de otras partes, tenían por signo de cortesía, elevándose el diapason con ejercicio simultáneo de puños y pulmones. Hecho el oido á la vocería de los cafés, fondas, estaciones de ferrocarril, Bolsa de contratación, espectáculos y calles, no parece ya que grita el diputa-

do en el Congreso, el actor en las tablas, el cochero en el pescante, ni la criada que redarguye, afectados del contagio ó arrastrados por el ejemplo de la Plaza de Toros, escuela óptima de la cultura del lenguaje y las costumbres.

Suele conformar con el tono la materia de la conversación. La tolerancia es inseparable compañera de la cultura; en ausencia de ésta campea la intransigencia sin impedimento. Los más delicados temas, religión, política, interioridad de las familias, obtienen preferencia, justamente porque enardecen y provocan á la devolución de epigramas ó insolencias.

Diríase que el hábito adquirido en un siglo de guerra interior comunica á los españoles instintivo espíritu de contradicción y necesidad de ejercitarlo, saliendo á buscar las ocasiones, ni más ni menos que se procuran allende las de esparcimiento grato. El desconocido despierta la hostilidad, latente en el alma; el amigo estimula el discurso á rebuscar expresiones que le saquen del asiento, llegando á los resortes de la presunción, de la soberbia y el desprecio.

Acompañando á la palabra la acción en los modales; desterradas por archirrancias las de consideración y respeto juntamente con las máximas que tenía sancionadas la práctica nacional de mutua ayuda; imperando el brutal egoísmo con la idea de la suficiencia indisputable, la ancianidad y la dolencia son objeto de burla; el saber, de negación maligna; la autoridad, de resistencia sistemática.

Por tales senderos llegan á las veces á entenderse dos individuos; tres jamás acuerdan, á no ser en conjuración que tenga por objeto hundir á otro cualquiera que se distingue ó significa.

Excepción á la regla ofrece también el extranjero. No habrá dificultad en la asociación que se dirija á hacerle blanco de la burla, el engaño y el despojo. ¿Qué vienen á hacer aquí esas gentes? Esténse quedos en su tierra y allá se las hayan, sin meterse en averiguaciones de extensión en los límites de Cafrería, ni en buscar material para escritos como los de Alejandro Dumas, padre, viajero en España.

«Cada oveja con su pareja.» Los extremos de la suavidad



de expresión y de expresión de sentimientos, se guardan y reservan acá para las damas que al encuentro parecen. Dirigirlas requiebros, seguirlas *velis nolis*, intentar la imposición con insistencia, es galantería llevada al colmo con pagar el asiento de tranvía ó el vaso de agua con azucarillo que tomaron, ajenas al impensado obsequio. ¡No les gusta! ¿Por qué salen de casa ó lo hacen sin escudero armado de garrote? Las moras no salen nunca y nadie osa faltarles al respeto. ¿No empieza el África... donde se dice? pues que hagan otro tanto, sin darse á la imitación absurda de inglesas trotadoras, capaces de dar la vuelta al mundo solas con su maleta y su virtud.

Las fórmulas de cortesía entre hombres han quedado reducidas al ofrecimiento del cigarro del estanco, en círculo pequeño; en las mesas todo cumplimiento es excusado. Sálgase de la Iglesia ó del teatro, el empuje del más fuerte, el empleo de los hombros, de los codos, de los puños, según caso, se recomiendan por medios expeditivos y naturales de primacía.

No son únicos; en los bolsillos de las chaquetas y aun de las levitas, va apercebida la navaja de Albacete ó la pistola de Eibar, cuya existencia, por rareza, dejará de hacerse patente en concurso grande; sea en celebración del patrono de la Villa y Corte, San Isidro; sea en las verbenas de las albahacas, en las elecciones de Diputados, en el entierro de la Sardina, en el Café flamenco. Por rareza igual dejarán de encontrarse las heridas en la espalda de los que las reciben. Ahora una plaga de Otelos, de pronto aparecida como la filoxera, esgrime las armas contra bailarinas, costureras y mozas de vivir alegre, rasgando el privilegio de merecimientos que en todo y por todo otorgó al sexo débil la citada hidalguía ibérica.

La masa inculta es formidable; en un momento rompe las vallas, si ofrecen estorbo á su deseo de ver la procesión que pasa ó de oír al orador de moda; pero es mil veces peor el individuo ineducado que á solas se deleita con el mal, disparando la cervatana contra el cristal de una tienda; rompiendo los faroles de las calles; arrojando inmundicias en las puertas; y cuenta que esta especie bastante numerosa no

procede de lo abyecto; obra suya son los letreros y las figuras indecentes de las paredes, y en testimonio literario, si en las puertas de local concurrido existe por anuncio distinción de *entrada* y *salida*, sin vacilar se dirige á la salida para entrar y viceversa, dispuesto, en caso de haber vigilante que ratifique la indicación, á discutir, gritar y protestar contra el abuso de la autoridad que coarta su albedrío.

Relativamente es superior la cultura en las últimas capas sociales de Madrid. A ser de su número los invitados á la recepción de la Embajada de China, no hubieran dado, en absoluta seguridad, el espectáculo que los enviados del Celeste Imperio tienen que agradecer á los caballeros de frac.

Ver á estos caballeros, allí ó en otra invitación gratuita, cómo se arrojan sobre los manjares y las copas; observar que entre ellos hay alguno que distraídamente pasa á los bolsillos dulces, cigarros, servilletas y cucharillas; encontrarse á la conclusión el propietario de gabán de pieles con una capilla sin pelo de tonta, es encontrar á la par datos para un tratado instructivo de cultura y distinción.

Separadamente los ofrece el tipo caballero muy interesantes, y el autor del libro de *Madrid Nuevo* no dejará de recoger ejemplares que ilustren el útil repertorio esperado. Por doquiera se encuentran. Con billete de primera clase en ferrocarril disfrutará de un teatro en que alternen por etapas los actores, clasificados de personas decentes. Quiera ó no, tendrá conversación é interrogatorio; presenciará la operación del desembarazo de las botas de los compañeros al sonar el pito; á su tiempo le brindarán tortilla con chorizo y aguardiente del Mono; si el cierzo de Ávila sopla, haciendo prudente la elevación de los cristales, pasarán sobre sus rodillas, á ser alfombra de los piés, cáscaras de naranjas, tripas de salchichón, el papel de la tortilla con algún desperdicio de lo del Mono, material que se amplificará cuando, limpia la navaja en la cortinilla ó en el cojín del coche, vuelva al bolsillo, saliendo los fósforos y los cigarros.

¿Es cuestión de baños salutíferos? Qué satisfacción entonces, prolongar en la más estrecha caja de la diligencia la sociedad del amigo de la tortilla, señora y niños, por el pe-

queño sacrificio de admitir sobre las piernas la cesta de provisiones de la familia, ya que no hay posibilidad de colocarla en otra parte. Todo lo compensa la entrada triunfal en el establecimiento.

El caballero resulta ser maravilla en los negocios; baja al comedor con gran cadena de oro, sortijas de brillantes, reloj con iniciales, zapatillas y sin afeitarse... como en el campo: entre platos fuma su cigarrillo; á la llegada del correo acude puntualmente al gabinete de lectura, y no habiéndose puesto para él la súplica escrita de no sacar del local los periódicos, se apodera de los que le cuadran llevándolos á su cuarto.

Si tienen *santos* los conserva, porque se entretengan los angelitos; si no los tienen, también, para que hagan pájaras.

La señora, que llamaremos por asimilación, de la Tortilla, muda tres trajes al día; encuentra detestables los platos, lo que no obsta á que ejercite el derecho que le asiste á gustar de todos y repetir de algunos en las cinco comidas, rodeada de los dichos angelitos, primorosos como ellos solos. Para eso paga.

A las veinticuatro horas sabe esta señora la vida y milagros de los comensales; las sabe y las cuenta. La del vestido de terciopelo, con tanto tono, está debiendo cuatro meses al casero; la de los pendientes de zafiros, tiene que agradecer á un militar buen mozo que la escolta; la que come en mesa aparte y no baja la cabeza á nadie, es la marquesa de Tres estrellas; más la valiera quedarse en Madrid cuidando á su pobre marido. De los hombres, uno ha escapado á sus investigaciones; se pasea solo, no juega al tresillo, no habla, ni siquiera se ha llegado á saludarla. ¿Quién es ese ente? pregunta á dos jóvenes que se divierten en tirarla de la lengua.

—Es un catedrático, dice uno.

—¡Un catedrático! ¿Cómo se llama?

—Creo que es Arquímedes, que busca el punto de apoyo.

—No será gran cosa; nunca he oído ese nombre.

De los casinos, círculos políticos, sociedades de recreo, oficinas del Estado, cuarteles, conciertos de beneficencia, tomará el autor consabido cuantos quiera, retratos ó esbozos, apareciendo manifiesto por la colección el uso del paño bur-

do en las exterioridades de las clases acomodadas, no se tomará el trabajo de buscar encajes en las ínfimas. ¿En qué fábricas los hallarían á su alcance?

Las escuelas desterraron aquellos libros *Amigos de los niños*, que contenían reglas triviales de urbanidad, y en las *cajas de cosas* no han destinado en cambio receptáculo que enseñando como los adyacentes «esto es un ladrillo; esto es un formón,» diga, «*esto es la cultura; no se come.*» La prensa diaria no supe la deficiencia de las aulas usando del poder sugestivo de sus columnas enciclopédicas.

En las praderas desiertas de los Estados Unidos de América, fundan algunos hombres una escuela y un periódico; pocos meses después hay allí un pueblo, y en vida de los que pusieron la primera piedra llega á ser ciudad y aun capital de Estado. En otros lados ciudades antiguas vienen á pueblos, sin haber tenido en la evolución periódicos ni escuelas.

Grande, fecundo elemento de ilustración es la prensa si la inteligencia, el patriotismo y la honradez aunados lo emplean en beneficio general. Alcánzase la aspiración con lauro y provecho de los colaboradores, cuando una asociación formula el plan, elige los gerentes y vigila la marcha.

El atractivo de la lectura populariza el periódico, multiplicando el número de suscritores; la cuantía de estos abarata fabulosamente el precio del ejemplar; los ingresos consienten que se encomiende á las especialidades de más nota el estudio y exposición de las cuestiones que suscriben con su nombre, y por la división del trabajo se logra no pase inapercibida ninguna que merezca consideración. ¿Ocurre algún suceso que perturbe el modo de ser de una región? Al punto conoce el suscriptor la situación que ocupa, los medios de comunicación, la historia, la geografía, los hombres que la gobiernan, los frutos que la tierra produce, los que en cambio necesita. Llega telegrama enigmático al parecer? La redacción lo explica supliendo la concisión de las palabras.

El lector disfruta en su butaca de la impresión de los espectáculos; conoce lo que las Academias deliberan; sabe la utilidad que reportan el descubrimiento de una modificación,

y el uso de una lámpara económica. La política, la literatura, la vida del campo, las ciencias naturales, la especulación se ofrecen á su vagar, metódica, clara, amenamente expuestas. El erudito aprende diariamente alguna cosa nueva; el ignorante recibe las nociones que le ayuden á dejar de serlo.

Londres, Nueva-York, Viena, Moscú, Berlín, París, cuentan periódicos de esta especie con provecho de la población, de los escritores y de los accionistas; en Madrid no alcanzan á tanta altura. Fundados generalmente los diarios políticos por la personalidad, tienen por objeto la batalla contra otras personalidades, á las que por cualquier medio se trata de desprestigiar; la sala de conferencias del Congreso, es el centro esencial de informaciones; la redacción de un suelto sangriento, transparente, pero no denunciabile á los tribunales, el *summum* de la habilidad del periodista.

Son pocos; viven más de esperanzas en la elevación del patrono, compensador en su día del trabajo con generosa distribución del presupuesto del Estado, que con la realidad del estipendio exíguo que constituye por de pronto un desembolso. El periódico no tiene suscritores ni lectores; tampoco se imprime para eso: basta que otros periódicos lo cambien y que el Gobierno conozca la existencia.

¿Qué influencia han de tener en la cultura semejantes condiciones?

Tiéndenla más perjudicial que beneficiosa. La intransigencia en opiniones; la violencia de lenguaje; la pasión enconada; el sistemático empeño de deprimir lo que procede de partidos adversarios; el incienso prodigado sin medida á lo que es propio, forman escuela moral de propaganda, en cuanto al fondo. Luego, exigiendo muchas líneas las columnas de un pliego de grandes dimensiones, se encarga la provisión á principiantes que se satisfagan con la oferta de atender á los méritos futuros, quedando por su cuenta la revista de toros, la estadística de suicidios, la sección de crímenes espeluznantes, buena para desviar el curso de la justicia, instruir á los delincuentes y endurecer los sentimientos del pueblo. Considéranse noticias de sensación para esta parte

del periódico haber visto juntos en el Prado al diputado Calamita y al General Centuriones, ó que el acaudalado banquero Milenario marcha á los baños de Archena.

¡Oh! qué tipos tan curiosos sacará nuestro autor de *Madrid nuevo*, entre la simpática confraternidad de aprendices de periodista ya iniciados en el sacerdocio de ilustración de sus semejantes. Entre ellos nos mostrará los inclinados á desbrozar los penosos senderos de la ciencia y á dar mano de amigo á ingenios abandonados del Gobierno en la tarea laboriosa de hallar la cuadratura del círculo y el movimiento continuo. Entre ellos los que amparan á los *astrónomos* de Zaragoza, de Palencia ó de Marinduque, ya que por españoles no los ampara nadie, ni el vulgo reconoce la ciencia infusa de que están dotados.

En los observatorios de la América del Norte, tras años de compulsas atentas y de estudio auxiliado con muchos instrumentos, no se ha conseguido hasta ahora otra cosa que utilizar el cable telegráfico para anunciar la marcha y dirección de un fenómeno atmosférico iniciado, al paso que estos *astrónomos* intuitivos *predicen un ciclón* cada semana, sin el estorbo de bagaje literario. ¿Quién dudará que han de distinguir con el tiempo la temperatura y el temperamento, y aun que han de averiguar lo que es ciclón y lo que es astronomía?

A hombres de ciencia de la escuela espontánea á que pertenecen los apóstoles curanderos también, y al concurso de la prensa, somos deudores de descubrimientos peregrinos; ejemplo sea el que se hizo tras de los terremotos de Andalucía, de salir en Granada el sol más tarde que solía, ó el de los adelantos de la mecánica que consintieron á un conspicuo personaje descender en las minas de Riotinto hasta la galería *dieciseisava*... Así va la gente ilustrándose más de lo que se piensa, pues claro es como la luz, que no siendo necesario para llegar á astrónomo haber pasado del silabario, con el título de bachiller basta y sobra para aspirar á un Gobierno de provincia, que al fin y al cabo no es arco de catedral.

Sin embargo, el periódico satírico y de caricatura no la ha emprendido todavía con la ciencia matemática. Andase por otros aledaños de la cultura, escarneciendo las convic-

en
 ciones y las creencias. Sin avaricia de la perfección de espíritu lograda, por no perder el tiempo en loarla, lo emplea en dirigir el insulto y la befa á lo que los menos ricos de inteligencia se empeñan en tener por respetable y venerando. Es trabajo de machacante (que la mente no se fatiga mucho; los mismos colorines, las mismas figuras siempre. Como el individuo de que antes se hablaba, no teniendo cristales en casa, tira piedras á los del vecino, escondiendo la mano.

Tras de la prensa va por la senda de la suavidad de las costumbres el teatro. En opiniones, las refleja; en otras más absolutas las impone; en el justo medio no se discute que sea factor en la cultura de los pueblos. Los grandes dramaturgos españoles influyeron sin género de duda en las de sus tiempos. Lope de Vega formó con sus comedias un compendio histórico de los grandes hechos de la nación y una galería de personajes ilustres. Calderón puso en acción los impulsos generosos; todo lo noble, honrado y caballeresco; dibujaba las pasiones por mostrar el modo de vencerlas; dibujaba hablar al grosero materialismo de uno á fin de contrastarlo con el espiritualismo de otro; si un hidalgo, caballero, capitán; si un Rey caía en la debilidad de lo indigno, plebeyos, alcaldes de monterilla había que supieran reparar los daños.

Viviendo Latorre, ostentaba aún el telón del teatro de la Cruz la leyenda en latín, *Deleitando enseño*, lo que quiere decir que no es antediluviana la fecha del cambio en los derroteros adoptados por autores y actores, viniendo los primeros á resolver, según se dice, problemas sociales con escenas jamás vistas en la vida real.

Por amplificación y generalización de espectáculos se han creado los teatros de función de hora, que en relación con los serios son lo que la hoja satírica al diario político. Alabar la abnegación, poner á la vista actos desinteresados no sería divertido; hace reir más el marido burlado, el trabajador hambriento, el tahur en carretela; rateros, gitanos, enamorados, cocineras suelen componer el personal de las revistas con música, donde la procacidad ridiculiza los actos del Gobierno, la rectitud de los tribunales y la morigeración en la

vida privada. Se ha ensayado, como en el papel de las caricaturas, copiar en cartón la fisonomía de cuantos se elevan por autoridad, caudal, saber ó suficiencia, sobre el nivel de lo vulgar, como ariete que contribuya á derribarlos en el lodo donde la envidia se recrea; y porque nada quede intacto de lo respetable, se ha importado lo que llaman *can-can*, por complemento del chiste chavacano y del retruécano indecente; invención mejor que copia, porque el cancán francés, lascivo, no está desprovisto de gracia, mientras el cancán de los teatros de Madrid, artísticamente considerado, produce en los nervios impresión analógica á la de un inglés cantando peteneras.

Pero el público se deleita, se instruye y se civiliza, por la módica cantidad de dos reales; aplaude á los autores de música y letra, á los actores payasos y á las *suripantas* sin vestir; los teatros se llenan; la caja del empresario al compás

«.....pues es justo
hablarle en necio para darle gusto.»

Tal lenguaje necio se usa en las novelas erótico-patibularias, que consiguen los honores de segunda edición; con todo, el libro influye poco en la cultura de Madrid. El género de vida no deja tiempo que destinar á la lectura, propia de aquellos climas en que perpétuamente está aplomado el cielo, y donde el hogar es refugio necesario.

La perspectiva de reintegración al período de cortesía se presenta pues, como en orden y limpieza, lejana y desvanecida; esperemos que el autor de *Madrid Nuevo* la acerque con el análisis comparativo y cuantitativo. Si se compone algo con imitar sabiendo que los franceses inscriben en los edificios públicos *Liberté, Egalité, Fraternité*, podría ponerse aquí, ni en letras tan gordas, ni en más de los que se dedican á la enseñanza; escuelas, institutos, seminarios, universidades, academias, esta definición que no encierra precepto imperativo ni cohibe la libérrima aptitud de no aplicarla:

LA BUENA EDUCACIÓN CONSISTE EN NO HACER NI DECIR
NADA QUE MOLESTE Á LOS DEMÁS.



MADRID NUEVO

III

INDUSTRIA



IN ser Madrid pueblo industrial, es por naturaleza industrioso. No al modo del enjambre de abejas que necesita flores por primera materia; de buscar modelo en la colmena ha elegido el del zángano en cuanto á las funciones del trabajo y el del avispon por sistema de sociabilidad con las obreras.

Habrá grandes ciudades que le aventajen en orden, aseo, cultura, como reconocemos modestamente en otros capítulos; en industria ninguna le excede; verdad acreditada que compensa la mortificación de aquellas confesiones y satisface la vanidad nacional.

Empecemos por declarar muy alto que en Madrid *se hace tiempo*, industria incomparable que por sí sola justifica la aserción anticipada que en realidad determina supérfluo cuanto más se diga; porque si en opinión de ingleses *el tiempo es dinero*, júzguese cual será la riqueza de una población en que cualquiera lo fabrica á voluntad sin tasa, y el desdén con que habrá de mirar á las que tienen que *ganar tiempo, medir el tiempo*,

acomodarse al tiempo, ó dar tiempo al tiempo. Muy al contrario, en manos del que lo hace está *matar el tiempo, engañar el tiempo, andar con el tiempo*, capearlo, correrlo, despreciarlo, ó poner en tanta estimación la obra, que se diga: «Cura al enfermo el tiempo, no el unguento.»

En mano de los fabricantes de tiempo, repetimos, está el dejar para *mañana* lo enojoso; el vencimiento de los pagarés, por ejemplo; facultad que dá á las operaciones de crédito un desarrollo colosal, y de aquí surgen mil nuevas industrias sin necesidad de capital ni de trabajo, condiciones que poco dejan al ingenio. Lo notable, lo singular mejor de este industrioso pueblo es que sepa convertir en oro cuanto se le antoja; perdigones, velas de estearina, monedas de cinco céntimos; lo prodigioso, que con un pliego de papel de carta y la firma de Juan Pérez, haga un documento de tanto valor como cheque de Camondo ó de Rostchild.

El vulgo designa á los Cagliostros del día con los dictados de timadores, tomadores, espadistas, enterradores, y otros ciento según la especialidad de las operaciones en que sobresalen; los maldice y los admira; los ~~relata~~ y los mantiene; los incita al progreso y los perpetúa rindiendo *farsas* á la elocuencia de su persuasión y á la ligereza de sus manos. Ellos no engañan á nadie, su habilidad consiste en encontrar gente de quien dejarse engañar.

De todo tendrán, menos de cándidos, los licenciados del ejército de Cuba, los secretarios de Ayuntamientos rurales, los tratantes en ganado de cerda, que ante la policía declaran haber recibido cartuchos de arenilla á cambio de centines de Isabel II, no diciendo sino á medias lo ocurrido: las averiguaciones conducen siempre al resultado de haberse hecho el cambio en la mesa de un café ó en el banco de un paseo, con luz, concurrencia, calma y transacción, siendo, como todos, negocio ventajoso para una de las partes contratantes: la que no se queja.

La famosa doña Baldomera contaba en el número de imponentes en su caja inagotable, ex-ministros, magistrados, toreros, capitalistas, penetrados de la participación que tomaban en empresa industrial semejante á las anteriores en cuanto

*Id
par is*

á la fabricación de tiempo: lo único secreto en las operaciones de la casa era la fecha de liquidación final.

¿Qué otro fondo que el tiempo posee comunmente el especulador de Bolsa? Pues no deja de encontrar allí mismo quien le ofrezca millones cuantos quiera.

El empleado que toma dinero al doce por ciento mensual, no es demente, necesitado, ni siquiera lerdo; por lo general pertenece á los que industriosamente descuentan el tiempo, sin lo cual los prestamistas serían millonarios, y bien dice la experiencia no ser el capital en Madrid base segura de especulación. Los que en el mercado dan un duro, á condición de cobrar veinticuatro reales á fin de mes (ganancia módica), con garantía de huevos y coliflores; los que con escritura en que el firmante se diga Gobernador de la Coruña sin serlo, es decir con documento que baste á mandarle á presidio, abren el bolsillo; los que establecen casa de préstamos se exponen á las quiebras del oficio.

—Hijo mío, decía un viejo tenido por Licurgo á su pimpollo; una sola cosa te recomiendo. *En dar* no seas diligente.

—¿Qué me cuenta V., padre? Tengo aprendida otra sentencia. «Cobra y no pagues, que somos mortales.»

—Dios te bendiga, hijo del alma. Tú medrarás.

Y vaya si medra el niño: el tiempo, el tiempo, con tal que se conozca el medio moral en que se funciona, llena la despena.

Un antiguo enterrador hizo caer por las calles más concurridas de la villa seis cartas, que en copia decían:

«Mi querida Dorotea: se ha descubierto la conspiración: estoy preso en el Saladero; pero no tengas cuidado, tuve tiempo de destruir los papeles y de meter dentro del forro de la levita todos los billetes de Banco de la asociación, de manera que no hay nada que me comprometa y no podemos quejarnos si los billetes se salvan; mas como pudiera suceder que al venir el juez mandara hacer reconocimiento más escrupuloso, sin pérdida de tiempo y con muchacha desconocida, mándame una levita vieja, la más vieja que puedas procurarte, pues alejará sospechas, y diez duros en plata con que gratificar al conserje y vigilantes. A la que traiga la levita daré la que tengo pues-

ta, y no necesito decirte lo que has de hacer con ella. Tu es-
poso que verte desea—Antonio.»

La tarde del día en que las cartas se escribieron, fueron pa-
reciendo por el Saladero, sucesivamente, cinco muchachas
con otras tantas levitas viejas y diez duros cada una. Recibie-
ron por turno la levita que la antecedente había conducido,
quedando en poder del industrial la última con la cantidad de
cincuenta duros, honradamente adquiridos. La sexta carta pa-
reció luego en la lista de Correos, por cuyo buzón la echó uno
del orden público, no queriendo tomarse el trabajo de llevarla
al domicilio indicado en la cubierta, trabajo que hubiera sido
estéril.

Pobre recurso del que momentáneamente se ve privado de
la libertad y del uso del más eficiente y singular producto in-
dustrial de la Corte; el llamado *jarabe de pico*, poderosísima
palanca del Dulcamara, del Griego, de los ganchos varios; de
la que echa las cartas y dice la buena ventura; de la Celestina;
de los mandaderos de casas de hospedaje con principio ó sin
él; de los acaparadores, especies múltiples derivadas del gé-
nero garrapata, y hasta del ciego que pregona:

Los dos millones de motivos que tiene el hombre para no
casarse!

El triste y doloroso papel de la Salve que cantan los
presos...!

La cédula y *documentos* para entrar en la taberna!

Quédense los obradores para los pueblos del Norte senten-
ciados á vegetar entre paredes: aquí vivifica el sol explén-
dido. Es de ver la villa cuando por excepción trascurren
tres días de lluvia, y al cuarto muestra el cielo el puro azul de
su bóveda natural. ¡Qué animación! ¡Qué alegría! El forastero
creerá llegar en día de fiesta grande, tal encuentra multitud,
mientras no llega á entender que el madrileño mora, como las
aves, al aire libre, sobrándole con un nido en que reposar po-
cas horas. Más alto ó más bajo; más grande ó más chico,
poco importa, si cabe la cama. El *confort* le es desconocido;
no necesita plantas, ni flores, ni libros, ni instrumentos de
música. Habiendo calle y luz ¿qué más hay que pedir? Por
aquélla va la gente amasando el pan del día venidero, aunque

parezca que pasea. Tal señor inquiere las recepciones de buen tono, donde se le ofrezca ocasión de trocar por un sombrero nuevo el suyo traidito. Tal señora se procura abrigo de terciopelo en el paseo mismo, y aun carretela si vuelve bien el dado. Tal galán asegura por seis meses mesa y ropa, ofreciendo sus servicios. ¡Qué animación, qué industria!

—Caballero—dice al paso misteriosamente un mal pergeñado,—vendo un buen reloj de un cesante con mucha familia.

—Veamos—dice el interpelado,—que por el pelaje del vendedor hace juicio temerario de la procedencia de la prenda.

Éntranse en un portal á propósito, donde á la media claridad, con la manera de mostrarlo y los ojos de la imaginación, distintos de los de la cara, vé el caballero un cronómetro de mil pesetas.

—¿Cuánto vale?

—Veinticinco duros.

—Diez duros doy por él.

—No puede ser: se necesitan los veinticinco.

—Diez duros doy.

—Tómelo V.: ¡cómo ha de ser!

Suelta el caballero el billete: guarda apresurado la ganga: llegado á casa advierte que, acabadito de dorar como está, valdrá cosa de treinta reales.

Negocio hecho á la luz del día.

En las horas de la noche aparecen en la calle industriales de ambos sexos, abriendo el crepúsculo la puerta primero á los de *la murga*, estimables artistas suscritos al *Diario de Avisos*, poseedores de la *Guía oficial* y de los hilos de una red comunicativa más espesa que la mejor organizada policía, pues que por las mallas de éstas suelen escapar los criminales, al paso que no pasa por las de *la murga* acontecimiento fausto de persona de la Corte, sea almacenista de ultramarinos, Grande de España ó Mayordomo de Sacramental. Llegando sigilosa y cuando menos se piensa al domicilio, desenvaina los trompetones segura de recibir la pesetilla y orden de ir con la música á otra parte, tanto más pronto cuanto más desentonados y estrepitosos sean los resoplidos.

Algo más tarde las voces insinuantes de ¡*Butaca!* señalan

la presencia del supremo ideal de la industria. Vestir bien; pasear; matar el tiempo; arrostrar las iras del Gobernador civil; burlarse de los agentes de orden público; tratar al transeunte como la mosca al caballo; esprimir al que se ablanda. es ocupación de la vida del revendedor de billetes de espectáculos, situación social envidiable y envidiada. Requiere, eso sí, talones fuertes, que no todos los días se presenta ocasión de emplear el sarcasmo y la arrogancia guardados para los de estreno. «A mal dar, fumar tabaco.»

El revendedor, ya que no pague contribución como en los tiempos en que ejercía legalmente, contribuye al sostenimiento de una de las rentas más saneadas de la Hacienda nacional, y al consiguiente sér de otra industria, verdadera industria de Madrid, con cuyo personal suele estar en relaciones: las cigarreras. Fuma labor esmerada, y no es de los maldicientes que aseguran se puede apurar la letra en un pitillo encontrando pan, palos, pelos, plumas, polvo, pasas, patas, etc., etc. Confiesa, sin embargo, que la Sociedad tabacalera suministra pitos mucho peores que el Gobierno, y que, como industrial, no se ha lucido.

Como el revendedor, madrifeño neto, no ha visto otra cosa, no ha tenido en la mano cigarros del fisco de cualquier nación y no sospecha por tanto, que los de España puedan ser los peores y más caros con poseer las colonias en que mejor hoja se produce, su voto en la materia no es de autoridad.

Aún fomenta el revendedor otras industrias; por algo se le presenta por ideal del industrial. Teniendo que devolver algo al comprador de los billetes, por cambio de moneda, la dá falsa, ganando en la segunda operación tanto como en la otra.

La falsificación ó adulteración de efectos y sustancias sostiene industrias, que se ramifican y extienden á lo incalculable. Tanto como formar el catálogo y clasificación de los conocimientos humanos, sería dificultoso el de la metamórfosis que, en manos hábiles, por ingenios sutiles, sufren las materias. Nada reta sin vencimiento al talento de la imitación. Títulos de Doctor ó Títulos de la Deuda; credenciales, letras de cambio; deliciosa Revalenta Arábiga. En fábricas de que han sali-

do los Cronicones de Flavio Dextro; los viajes de Fante y los Plomos del Monte Sacro, es cosa de juego producir las espuelas del Cid, el tintero de Santa Teresa de Jesús, aceite de bellotas con savia de coco *ecuatorial*, billetes de Banco, rosquillas de la tía Javiera, décimos premiados de la lotería ó específicos del doctor Garrido.

Algo más exige la falsificación de la moneda, por requerir crisoles, cuños, reactivos, familiaridad con las artes y sobre todo trabajo en secreto; por estas condiciones es industria de provincias. En Madrid la falsificación se hace por arte mágico que no separe la operación de las bases de generalidad industrial, por las que son innecesarios trabajo y capital. La moneda, sellos de correo, papel de ilustres, libranzas de imitación entregados á los peritos para examen y comparación con los legítimos, resultan de un parecido como el de los gemelos que distinguía la madre poniéndoles gorras de color distinto. Multiplicadas las observaciones microscópicas alcanza á descubrirse acaso, que la sombra del cuello de una figura tiene en la pieza buena 106 rayas de buril, mientras que en la mala se cuentan 107; y por otra maravilla industrial sucede que, el día en que los efectos legítimos se ponen en circulación, andan los falsos haciéndoles competencia.

Contra la prodigiosa actividad de los imitadores, emplea la Hacienda el recurso de cambiar anualmente los modelos, teniendo algunos de reserva, por si llega el caso de haber de sacarlos antes que el año se acabe; cambio frecuente que desespera á los aficionados á colecciones, por la facilidad y baratura con que completan los tipos de otras naciones, invariables por ciclos de veinte ó más anualidades. Pero la variación tiene ventajas positivas, tanto por dar vida á las artes legales como por la obligación en que pone á los colectores del exterior de adquirir los tipos nuevos, fomentando un comercio que subsana la menor venta en el reino. Una vez que, corriendo la venta del timbre por cuenta de la Sociedad arrendataria, se mandaron grabar los efectos en Nueva York, no hubo falsificaciones, por desdeñar los industriales de Madrid la obra extranjera. De otro modo, ¿qué arte puede igualar al cabalístico?

Se dan casos de confiar al Correo pliegos con valores, pre-

via fijación de cinco lacres, certificación y pago de la garantía. El pliego llega á su destino intactos los lacres, sin fractura ni deterioro: lo que no llega siempre es el contenido con que emprendió la marcha.

A la naturaleza industriosa, las artes, la ciencia, la literatura no empecen: dilatan más bien el campo de acción. Había en el Museo Arqueológico unas estatuillas arrinconadas que nadie se tomaba la pena de mirar; un inteligente las trasladó á París porque alcanzaran la merecida notoriedad. Había en la Catedral de Sevilla un San Antonio de Murillo, bajo respetable cubierta de polvo; un amante de la pintura lo hizo conocer de todo el mundo. Existen Bibliotecas y Archivos sin índices ni catálogos; tanto mejor para los industriales, que toman á su cargo facilitar, á los que quieren estudiar, noticias que sin ellos no tendrían nunca. En la Colombina estaban ignoradas ciertas piezas de aquellas que legó D. Hernando Colón á la posteridad; ahora al público pertenecen; cualquiera puede hojearlas en París, ó enterarse de la descripción y contenido en la *Revue critique*. El industrial que va extrayendo del caos de los Archivos nacionales autógrafos, escrituras históricas, privilegios miniados, que los limpia, enumera y vende al Estado, presta un servicio superior á la suma que por su trabajo recibe, aunque no sea parco en pedir.

Entre las artes alegra la música la vida industrial, sin limitación á la *murga* de la pesetilla. Para ésta la alborada y el vespertino crepúsculo: para el organillo ó piano de manubrio todo el día. Dos ó tres mozos, como castillos, arrastran cada uno de los instrumentos, dando vueltas á la sinfonía de Guillermo Tell, con el trío de los paraguas de Boccacio. Sol, ambiente tibio, habaneras y seguidillas: esto es vivir. Capitales hay donde no se consiente esta industria bajo los pretextos especiosos de estorbar al tránsito, molestar á los enfermos como á los que trabajan intelectualmente, y sostener la holganza. Todo lo más, consienten que algún inválido acuda por recurso al llamamiento de la caridad, siempre que con el organillo se sitúe en portal, solar desocupado ó rincón donde no embarace, con beneplácito del propietario... Ridículas trabas que aquí no podrían con razón imponerse. Quien trabaje no hay; á los enfer-

mos sienta mejor la marcha de Pan y Toros que los glóbulos de pulsátula; por encanto salen á los balcones las doncellas de labor; llueven perros chicos, aullan los perros grandes, mientras en el arroyo bailan las presuntas abonadas á la Alhambra... Digan lo que quieran, esto no se paga con dinero.

Antaño la estudiantina hacía veces de organillo en días determinados; los progresos han abierto libre concurso á las dos entidades místicas, y la filantropía multiplica el motivo de salida de las aulas, de modo que no toman ya polvo las guitarras. Llueva en Antequera, se hunda una casa en Porcuna, naufrague un falucho en Motril, la benéfica juventud sacude la pandereta, poniendo á contribución al *Sursum corda*, por ayuda, dicho se está, del menesteroso.

Y no queda aquí; los impulsos generosos en los doctores futuros les hace trasponer la frontera y repicar en presencia de un público nuevo, arrancando aplausos á Víctor Hugo, presentándose á las testas coronadas, en los escenarios de los teatros, y aun en las puertas de las Universidades de Oxford ó de Colonia, donde se aprende.

No puede decirse de ellos ahora,

«La capa del estudiante
parece un jardín de flores...»

Los tiempos han cambiado. No rompen los zapatos en las carreteras, ni corren la tuna trabajosamente. El sombrero de tres picos y la cuchara de palo que conservan, hace creer en luengas tierras que subsisten acá la sopa de los conventos y las espadas del perrillo, poco les importa; viajan en ferrocarril, recogen honrosamente, como dádivas destinadas á remediar la indigencia, liras, francos, marcos y florines, con los que estudian el sistema monetario universal, prolegómeno de la ciencia de la vida.

En prueba de ser la industria lucrativa, llegados los días de Carnestolendas, se convierte Madrid en pueblo de escolares, admitiendo la libertad en el vestir que unos prefieran al manto las enaguas de las amigas, y otros el supuesto uniforme de la guardia de Orfeo, ó sea el de zuavos convencionales.

Para el caso todo es igual; trátase únicamente de acreditar dos cosas: primera, que en Madrid se estudia mucho y muchos años, verdad evidente en el número y en la composición de estudiantinas, que tienen individuos talluditos; segunda, que entre las diversiones, ninguna iguala á la de pedir y recaudar dinero, así haya que rascar y sacudir de lo lindo los instrumentos.

Lástima que sólo cinco días en el año sea tolerada la postulación, si no hay terremotos, inundaciones ú semejantes zarandajas. Los quintos salen de la regla, aunque no sabe de manera precisa por qué el cumplimiento de uno de los deberes constitucionales autoriza al total á pedir cuartos por la calle con música y cintas, y al parcial á dar espectáculos con cuyo producto eluda el precepto, si es actor ó amigo del empresario; los anuncios de las funciones *para librar de quintas* á Fulano declaran de todos modos la protección dispensada á los industriosos. / se

A la verdad, si pruebas se pidieran, bastara la de la mendicidad, industria, aunque menuda, importante por la cifra á que ampara y mantiene. Por sí sola dará al autor de *Madrid nuevo* asunto para uno de los más interesantes capítulos de su libro. Desde que Cervantes trazó el cuadro de la corte de los milagros ¡han cambiado tanto las costumbres! El manco de Lepanto no conoció el tipo del cesante, tipo socorrido; no se había en su época asentado la prescripción de ser obligatorio al común, mantener á todos aquellos prójimos que han tenido destino en la administración y no servían para desempeñarlos. Cesantes se aparecen en las encrucijadas con trazas de recaudadores de consumos jubilados y cesantes que á juzgar por el traje deben de serlo de Ministros del Tribunal de Cuentas, acreedores á saludo respetuoso y á pedirles perdón de no haberles dado un duro antes que lo pidan.

Pasaron de actualidad las úlceras y las monstruosidades repugnantes á un pueblo culto; no hacen falta, el mendigo sin ellas dice:

«Mío es el mundo; como el aire libre;
otros trabajan porque coma yo;

todos se ablandan si doliente pido
una limosna por amor de Dios.»

Nubes de chicos de ocho á diez años repiten á las ocho de la mañana como á las doce de la noche la lección.

—¡Señorito, tengo hambre, y *semos* siete hermanos!

A lo mejor desemboca en la plaza una mozuela tirando del ronzal del asno en que cabalga un semejante, y alargaba la mano como indicando «¡Para estas tres criaturas!» Un viejo instalado en el portal más á propósito dispara al que allí se guarece la arenga:

—«Caballero, una limosna, que como todos van de priesa *por mor* de la lluvia, todavía *no he ganado nada.*»

No hablemos del de la Estación, á quien alargaba un viajero el saco de noche, recibiendo merecida repulsa:

—¿Por quién me ha tomado V.? Soy un pordiosero, á mucha honra; no mozo de carga.

Las autoridades municipales, provinciales y generales extienden á porfía su mano protectora sobre estas industrias que dan ornato, decoro y población á la Corte. Aún no han hecho la estadística por sexo, edad, naturaleza, con casillas que indiquen los que saben leer y escribir; no obstante se puede calcular que son muchos los que dan cuando tantos hay que piden.

Se desvelan también en su servicio, dejando abandonados ó poco menos los intereses personales, aquellos que inician suscripciones recogiénolas de casa en casa. Si la calamidad es grande y la suscripción nacional: cuántas industrias se ponen en juego.

Apenas merecen apunte las de carácter transitorio ú ocasional, tales como las del poeta luctuoso que oliendo los cirios que alumbran al cadáver, llega á ofrecer al afligido esposo ó al padre dolorido elegía impresa con letras de oro, teniendo en cabeza el nombre de la prenda malograda; la del que madruga por tomar puesto en la fila de entrantes en la tribuna del Congreso cuando habla Castelar; los que hacen cola, cuando la hay, en el Banco de España, no teniendo nada que cambiar; los que se agolpan en los ventanillos del des-

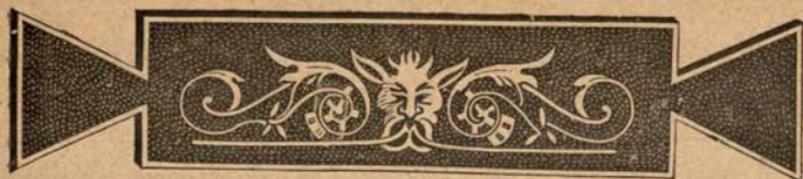


pacho de billetes con objeto de impedir que lleguen á ellos sin intermediario los que realmente tienen intención de asistir al espectáculo.

La crisis económica deja paso á más industriosos: en momentos en que el billete de Banco sufre descuento; cuando la antedicha cola se forma y alinea, empieza á verse en manos de cambiantes el busto amarillo de los reyes de España, ya por raro olvidado de las gentes: suena en los mostradores el tilín agudo del metal precioso: ¿De dónde viene el río de oro? Averígüelo Vargas, que no es cuestión de eso, sino de beneficiar un tanto por ciento.

Es lo menos á que aspira el industrial de la Corte, operando con el tiempo, con la moral acomodaticia y con el íntimo convencimiento de que, *Stultorum infinitus est numerus.*





MADRID NUEVO

IV

BENEVOLENCIA



BENEVOLENCIA..... escrito está, no sin vacilación, por respeto á determinadas opiniones: otras habrá que hallarán más apropiado título á la materia de este capítulo, ampliación del anterior, en el de *Protección á la industria.*

Industria es maña, destreza ó artificio para hacer una cosa; industria superior, conseguir que el dinero pase de otras manos á las propias. Cabe la distinción de legal é ilegal en la industria por estatuto convencional de los pueblos; según aquélla, podrá ser delincuente el que amaña un testamento, fabrica un billete de Banco, introduce un barril de aguardiente sin entrarlo por las puertas del fisco ó secuestra personas. Sería culpable el fabricante de paraguas, si por ley se prohibiera todo reparo contra la lluvia; mas no por ello dejaría de ser industrial, como lo es el que en carta reservada pide cuatro mil reales al ganadero *asegurándole* de peligro inminente las cabezas que pastan en el monte, ó el que asegura finca y la hace arder con disimulo y arte.

Todo cuanto se encamine á la fiscalización de los actos individuales, á la percepción de contribuciones y derechos establecidos por el Estado, al cumplimiento de reglas ó prescripciones, embaraza, dificulta y encarece la industria; la supresión de trabas, de condiciones y de leyes, ó la indulgencia en los encargados de su ejecución, favorece, por lo contrario, al industrial, alentándole en sus empresas.

Es tan difícil distinguir *lo correcto* de *lo incorrecto*, y tan enojoso entrar en investigaciones que lastimen la susceptibilidad, que mil veces debe preferirse la libertad de manos de los poco escrupulosos á la molestia de quien las tiene atadas por la necesidad. Los pueblos hidalgos é ilustrados dejan á la conciencia el correctivo de los excesos, seguros de encontrar en la dignidad del hombre la norma del ejercicio de sus deberes.

La señora doña Themis es poco simpática; la mala costumbre que adoptó de andar de un lado á otro con el rostro adusto, sin soltar la báscula ni la cuchilla, la dan apariencias de carnicera desaseada. Así y todo, tiene quien la inciense en el mundo; no aquí, por dicha, donde no ha sabido hacerse amigos.

El que registre los programas redactados por los hombres políticos y de gobierno desde las Cortes extraordinarias de Cádiz de 1812 (que es tarea), aprenderá cómo, sin excepción alguna, partidos, fracciones, individualidades, idolatran á la Libertad, ofreciéndola como bálsamo y panacea, ya que no hay quien no estime por mayor de los bienes la facultad de hacer su santa voluntad. Lo que no encontrará el registrador escrupuloso en el cúmulo de los papeles de aquella especie, es indicio de memorial á la Justicia, cuanto menos de oferta de su imperio ó encarecimiento de su virtud. En buen hora se destierren las antiguallas desacreditadas; las que la experiencia ha sanciado se perpetúan, y ninguna lo está cual la sentencia «¡Justicial... no por mi casa.»

En la ajena tampoco se desea; sería verdaderamente injusto atribuir sentimientos egoístas á colectividad generosa. La antipatía es genérica, haciéndose palpable en los casos ruidosos.

Cae acribillado de balas un personaje estimado; vuela otro por los aires al impulso de la dinamita: séales la tierra ligera; pasaron á mejor vida; no hay que ocuparse de ellos. Comentados los últimos momentos, examinados la calma, serenidad é ingenio con que se discurrieron y ejecutaron los procedimientos del delito, si los autores son descubiertos y encarcelados, lo que hay que sentir es la severidad de la ley que les condena al suplicio. ¡Desgraciados! ¡Como si no fuera bastante el tormento que de la conciencia sufren!

¿Qué se consigue no aceptando la renuncia espontánea de su derecho á la pena? Un espectáculo público; un tablado, alrededor del cual se celebra feria extraordinaria de avellanas y aguardiente, con dichos agudos, risas y escamoteo de relojes.

Mientras la ley subsista, hay que procurar, por tanto, eludir la ó atenuarla; empresa benéfica que toman á su cargo los fisiólogos, representantes, en tal caso, de la emoción filantrópica general. Cuanto más repugnante y atroz sea el crimen; cuanto más acrediten las circunstancias la perversidad de los perpetradores, tanto más es de admitir la obsesión ó la locura en una obra contraria á naturaleza. Los adelantos de la ciencia alienista consienten la observación de los casos más raros. Hay dementes dominados por la manía de la persecución, que matan inconscientes; hay locos cuya singular inclinación les lleva á apropiarse cautelosamente lo que no es suyo. Los profesores demuestran la teoría con lógica tan persuasiva, que lo que viene á ser absurdo y hasta cierto punto criminal, es pensar acciones de que no son responsables los actores.

La tremenda asociación de la Mano Negra fué producto de una demencia contagiosa y pasajera, por la cual se creían los campesinos transformados en capitalistas: la algarada de Madrid, en Septiembre de 1886, una alucinación momentánea, durante la que media docena de capitanes se veían con fajas de general. En uno y otro y mil casos, no se hallará en el fondo más que la aspiración natural en el hombre de progresar, caminando á la perfectibilidad, ni se pondrá en claro otra cosa que la razón con que sostienen los doctores que hay más locos de lo que parece.

Necesitan, no obstante, los Tribunales algo más que pala-

bras para dar por buenos los razonamientos científicos, y los benéficos profesores alargan, desmenuzan y multiplican las observaciones y probanzas en plazos suficientes para que el tiempo y las piezas de autos traigan por la mano evidente la enajenación mental. Huelga, en consecuencia, la Justicia para el desdichado homicida, que podrá corregirse en el manicomio, sin grillos ni cosa que lo parezca, bien asistido, paseando en el jardín (si lo hay), recibiendo la visita de los amigos, hasta que en nuevo acceso tome la puerta y la frontera.

Si la locura no se prueba, en ayuda de los fisiólogos vienen las exposiciones con millares de firmas á dar testimonio del nobilísimo aliento de la Nación; corren los coches de los Diputados, funciona rápido el telégrafo, pasa con su compás el tiempo, y llega circunstancia propicia al fin deseado de dejar en vacaciones la Justicia.

El papel de esta señora va siendo más desairado cada vez; invocando precedentes, recordando ejemplares, sacando á luz la doctrina de los hechos consumados, leyendo si se quiere nombres con letras de oro esculpidos en lápidas de mármol, rechaza la integridad castigos aplicados por ley del embudo. La equidad reclama razonadamente la jubilación de la Justicia.

Bien lo da á entender la conmiseración por las penas menores que en establecimientos correccionales sufren los pobres afectados de demencia leve, y el júbilo con que se ven las columnas de la *Gaceta* anunciantes cada día del cambio de ocho años de prisión mayor por ocho meses de paseo fuera del pueblo á los homicidas, falsarios de documentos y colegas de grillete, júbilo mayor en las grandes ocasiones en que por indulto general se rebaja en un tercio ó una mitad el tiempo que falta al total de la población penal de parricidas, incendiarios y secuestradores dementes.

Entra por algo en el misericordioso afán de las gentes lo mal que lo pasan los pobrecitos culpados en las prisiones, nada confortables, aunque algunas pasen por modelos. El trabajo no los mata, en verdad; contra el trabajo de taller protestan los que tendrían que resistir la competencia; contra el trabajo de bracero al aire libre se ofrece la necesidad de la custodia; contra el trabajo de obras públicas en lugares insa-

lubres se rebela el interés de los filántropos. Por lo mismo que es nocivo el último, es de reservar á los que lo acepten libremente.

Cosa es convenida que los presos no han de trabajar: no trabajan, y esto es algo; cosa tolerada que tengan cuchillo y baraja, con los que algo se distraen; sin embargo, no están bien: pasan las prisiones por focos de inmoralidad en que la más fuerte virtud sucumbe. Allí se aprende lo que no se sabía; allí hay útiles y materiales para falsificar la cara del dios Pan; los entierros, los anónimos amenazantes, los endosos de allí salen, y conviene hallar ocasiones y motivos que consientan soltar, al menos, los maestros. Las prisiones de África, sobre todo, son inicuas. Enhorabuena vayan á Ultramar soldados y marineros que hagan ejercicio y guardias; ¿qué tienen que hacer los presos?

No es de olvidar la ventaja que la supresión de presidios reportaría al contribuyente, puesto ya en prensa de aceituna.

Por más que se busquen zapatos de cartón y garbanzos de balín, nadie calcula lo que cuesta mantener la multitud de detenidos, que sabrían buscarse la vida en libertad. Suprímase de una vez las prisiones, los Jueces, los Tribunales, el Ministerio de que dependen; cese la distinción especial entre el delito común y el político; hagámoslos políticos todos, extendiendo el decreto de cesantía á la Justicia, con la fórmula de quedar satisfechos de sus pasados servicios.

Bastante se ha imitado en España, sin crítica ni experiencia, lo que hacen otros pueblos de condiciones incompatibles con las nuestras, para que la rutina nos detenga en camino por do vamos los primeros. Tendría que ver, siguiendo el ejemplo excéntrico de los Lores ingleses, que los Grandes de España se inscribieran en el registro de policía y fueran por esas calles en traje de *guindillas*, cuidando del orden. Sería curioso que por votar una ley de reincidentes, como en Francia, saliera andando para Annobón la cuarta parte de la población de Madrid, y quedara la Corte privada de su mejor ornato. No faltaría más sino que, buscando modas en los Estados Unidos de América, nos propusiéramos poner en ejercicio la ley de Lynch, adecuada á un pueblo joven y vigoroso; á un pueblo

que obedece los mandatos de ayunar en día fijado de antemano, impetrando misericordia del Criador, ó de acudir en pública oración á darle gracias por sus beneficios; á una república que cree en Dios y tiene templos; ¡así anda ella! Medrados estaríamos copiando á Suiza, que conservó hasta no há mucho el castigo de azotes, aunque reservándolo á lo último para los periodistas, ó á Rusia é Inglaterra, donde subsiste esta pena, inconciliable con la dignidad del hombre.

La dignidad es nuestro lote: envanezcámonos de que presida y regule las acciones, sin acudir más que á la justicia catalana, que nos basta.

En otros países regidos parlamentariamente autorizan las Cámaras el proceso de cualquiera de sus individuos cogido *infraganti* ó acusado de delito común: el General ó el Magistrado no se hallan tampoco fuera del alcance de la ley. Acá, por fortuna, la dignidad imprime á tan altas clases la condición de impecables; la dignidad de clase guarda además la inmunidad por escudo de la acusación.

La dignidad aconseja á las Compañías de ferrocarriles la elección de los que componen el Consejo de Administración entre los que se han sentado y se han de sentar en el de Ministros. Nada más expedito, en otros conceptos, para que el servicio sea bueno y económico: las tarifas arregladas al interés del comercio; las distracciones del personal subalterno corregidas y las filtraciones inmediatamente subsanadas.

Precisamente hay que luchar en Madrid con la naturaleza de un terreno poroso, donde todo, sin la dignidad, se filtraría; Administraciones de Loterías, suscripciones nacionales, depósitos de fondos de cualquier especie; con ella, por prodigio, se ve á cada paso que el que derrochó la propia fortuna se desvela administrando la del público, y el que no supo gobernar su casa, pone cátedra de gobierno.

Por dignidad nacional está prohibido el juego. Personas dadas á la contradicción piensan que pudiera beneficiarse el Estado y beneficiar á muchos alzando la prohibición, reglamentando y celando las casas de juego, transigiendo, en una palabra, con el vicio en esta forma, como en otras con las que se transige por necesidad ineludible. Piensan más y dicen:

De ser el juego inmoral, ensáyese la extirpación en absoluto; no haya lotería, ni centros privilegiados, ni incentivo de la doble inmoralidad por la que se sostienen los tabucos; no se deje á la maledicencia la suposición de que viven del juego más que los griegos de oficio, ó de que se prohíbe para tolerarlo y exprimirlo. Si es mal irremediable, trátese como al torrente que no se logra detener, pero sí desviar en la marcha asoladora. Mónaco es cien veces preferible al antro en que se guarecen los tahures.

Los que así discurren á la ligera, aficionados á la oreja de Jorge sin duda, no son voto en las cuestiones de dignidad que informan la marcha de las costumbres. El modo seguro de acabar con la lotería consiste en no comprar billetes: en lo demás, lo mejor es dejar las cosas como están y que viva el industrioso.

El prurito de la murmuración conduce hasta el absurdo á esos Catones, empeñados en desconocer el bien que disfrutamos. Todo lo censuran. Á darles crédito, vivimos en país desquiciado. Si se fijan en la instrucción, condenan pequeñeces insignificantes: que los estudiantes son revoltosos, levantiscos, insubordinados y malos; que entre faltas y motines pasan los días en huelga, sin contar las fiestas no suprimidas para maestros y escolares; las Pascuas siguen teniendo tres días para ellos; el Carnaval una semana, como la Santa; la Navidad empieza el 10 de Diciembre, acabando á mediados de Enero, y no son menos de guardar las fiestas cívicas y nacionales, el santo del profesor, los sucesos faustos y los luctuosos, con lo que alcanzan los exámenes á los jóvenes sin nada de Minerva en la cabeza; que se vuelven á examinar seis veces, si menester es, para acertar con el blanco de la pregunta; que piden perpetuamente dispensa de asignaturas, y al fin salen de la Universidad con poca ciencia, mucha malicia y más presunción.

¡Luminosa y novísima serie de observaciones! Cualquiera creerá que el censor prefirió en las mocedades la fórmula del Binomio de Newton á las seguidillas manchegas. Á las Universidades no se va á estudiar, sino á recoger el título de Licenciado. No es culpa de los muchachos que no se lo den antes.

Los murmuradores de oficio no dejan mejor parada á la Administración. Por el ejemplar de algún sobrestante que, no queriendo dejar en la ociosidad á los peones camineros, se los lleva á trabajar en su cortijo, en la inteligencia de que por bache más ó menos prosperan sus olivos y gana medalla de oro en la Exposición regional; porque en ocasiones de epidemia se vieron obligados al hospedaje en los ignominiosos barracones cuarentenarios de cada pueblo, que les costaba un ojo de la cara, truenan contra el Gobierno y miden por un rasero á los empleados, juzgándolos ineptos y venales.

Según esta polilla vocinglera, el Director, Presidente ó como se llame, de las dependencias ó centros importantes dedica la mejor parte del edificio á arreglarse una casita, servida por los porteros y naturalmente considerada en punto á calefacción, alumbrado y otras cosillas como oficina pública; tras esto se deja llevar en coche, que pagan los gastos del material, teniendo en cuenta que el material no hace falta.

Pintan los tales murmuradores á España como excepción entre las naciones de Europa; á Madrid como centro de rodajes inútiles; á los que en algo se ocupan, como concurrentes á aquella «feria de Valverde, donde el que más pone más pierde», apoyándose en consejas del tenor siguiente:

Acude un español á cualquier librería de Bruselas ó de Colonia; paga la anualidad de una revista ó semanario ilustrado, y se sorprende viendo en el recibo un exceso sobre la tarifa del periódico.

—Creo que hay aquí algún error—dice al que le despacha:— el precio de suscripción anunciado es tanto.

—Ese precio es efectivamente el general, pero usted ha indicado á Madrid por dirección, y Madrid tiene suplemento.

—¿Cómo eso?

—En razón á que los números que se envían á España tienen que ir certificados, sin lo cual no llegan á manos del suscriptor. Aun así, se extravían no pocos.

Entrando otro día en cualquiera de los grandes almacenes, cautivado por el precio de los objetos, entabla el viajero otro diálogo con el dependiente:



—Sírvese usted remitir esta alfombra á Madrid, calle Tal, número tantos.

—Mucho lo siento, caballero; enviamos objetos á todas partes, pero no á Madrid.

—¿Quisiera usted decirme la razón?

—Sí, señor; la razón consiste en el despacho de las Aduanas.

—¿Pues no las hay en Portugal, en Grecia ó en Rumanía?

—Sí, señor; pero no son como las de España.

En otro establecimiento quiere el transeunte cumplir encargo de un amigo:

—El profesor Parladé desea el mapa de Cochinchina que acaba de publicarse. ¿Podrá usted remitírselo á Madrid?

—A Madrid no. En España no tienen ustedes establecido el giro postal, generalizado en todo el mundo, y no hay posibilidad de recibir de ella cantidades pequeñas.

Pasa el forastero algo amoscado á encomendar un ciento de tarjetas, escribiendo por muestra: «Pedro Rodríguez.—Leganitos, 102, tercero derecha.»

—¿Es usted de Madrid?

—Sí, señor.

—¿Me haría usted el favor de pagar adelantado?

—Con mil amores.

—Vea usted, de Madrid me estoy ocupando: se va á tirar un hermoso cartel en colores:

INAUGURACIÓN DEL SUD-EXPRESS.—VIAJE AL PAÍS DE LAS CASTAÑUELAS Y LOS TOROS. INSTRUCCIONES....

—Lea usted, si gusta.

—Ahora estoy de priesa; ya lo haré otra vez.

De regreso en la Corte el mala lengua, forma coro con los censores avinagrados, sin dejar hueso sano á personalidad, corporación ó entidad española; cuando el autor de *Madrid Nuevo* le pregunta:

Si no dió nunca recibo sin adherir el timbre móvil.

Si tiene cédula de vecindad con arreglo á sus rentas.

Si no rogó al Diputado amigo que pusiera en el buzón del Congreso la carta del ama de cría.

Si jamás deslizó cinco pesetas en la mano de un carabnero.

Si declaró la calidad, extensión y valor de las tierras que posee.

Si no solicitó billete gratis, ó cuando menos á precio reducido, en ferrocarril.

Si no entró por las puertas de la villa, sin declaración, dos libras de yemas de San Leandro.

Si en la oficina no escribió cartas en papel timbrado, ni gastó el tiempo en leer periódicos de oposición al Gobierno que le sostiene.

Si no pidió licencias por enfermo estando bueno.

Si, á ser posible, no obtuvo comisión para pasarse con doble sueldo.

Si ha creído que le pondrán al lado del ave Fénix.

Finalmente, si este capítulo debe de titularse *Benevolencia* ó *Protección á la industria*,

Contestado el interrogatorio, se harán las correcciones convenientes.





MADRID NUEVO

V

CONVERSACIÓN

—Mil quejas tengo que daros
Si oír, Leonor, queréis.
—Hablar, don Nuño, podéis,
Que pronta estoy á escucharos.

EL TROVADOR.

SEÑOR Hardt: Soy hijo de Madrid; he estudiado en su Universidad; escribo en los periódicos; aspiro al cargo de Diputado provincial; me considero persona decente, y en estos conceptos, y otros más, tengo que hacer observaciones á los escritos que usted ha publicado con el título general de *Madrid Nuevo*.

—Señalada merced me hará usted, señor madrideño, comunicándome lo que acerca de mis capítulos le ocurra, y por honrado me tengo desde ahora sabiendo que los ha leído. Contestaré como sepa á esas observaciones.

—En ese caso, no disimularé la impresión que la lectura me ha causado. Trata usted, á mi ver, con injusticia á los hijos de la villa.....

—Me ha de perdonar usted si le interrumpo para poner las

cosas en su punto. He escrito de Madrid y de sus habitantes; no me he ocupado de sus hijos.

—¿No es lo mismo?

—¿Cómo ha de ser igual? En Zaragoza, en Cantalapedra, en la población que usted quiera designar, serán naturales ó hijos suyos los más de los vecinos; en Madrid no. La Corte tiene tan pocos hijos, que sin incurrir en exageración podría negarse su existencia.

—Es curiosa, es original la distinción. Debo entonces tenerme por fenómeno y enseñar por documento raro la fe del bautismo que recibí en la parroquia de San Sebastián.

—¿Podría saber, sin indiscreción, dónde nacieron los padres de usted?

—No hay inconveniente: era mi padre de Alconetar y mi madre de Calatayud.

—Muy bien; ahora deseo saber si, habiendo nacido de tales padres en Varsovia, se consideraría usted polaco.

—¡Qué pregunta! Sería tan español como lo soy.

—La pregunta no es impertinente. He dicho Varsovia; en su lugar hubiera podido citar el caso de la criatura que viene al mundo á bordo de un bajel en alta mar ó en un coche de ferrocarril. ¿De qué población serán naturales? El Rey Fernando III el Santo nació durante el viaje que hacía doña Berenguela, su madre, y no hubo medio de determinar á qué lugar pertenecía la honra del origen. Agiógrafos y biógrafos tuvieron que designarle por *el montuno*, palabra vaga é indeterminada como la cuestión.

Algo parecido ocurre á los que se encuentran en las circunstancias de usted. Madrid es asiento del Gobierno; tiene guarnición numerosa y empleados de las diversas dependencias centrales de la Administración. Acude al recinto de la villa multitud que busca distracciones ó recursos; pretendientes, negociantes, obreros, mendigos, licenciados de presidio, constituyendo una población flotante que supera y oscurece á la propia.

Aparece en los registros de nacimientos una cifra proporcional á la de familias; pero esos que por casualidad ven en Madrid la luz primera, habiendo de seguir las vicisitudes de

sus padres, se esparcen por la Península y desaparecen en los padrones del Ayuntamiento.

El hecho no es de difícil evidencia: tómense listas formadas de medio siglo atrás que contengan los Ministros de la Corona, los Consejeros de Estado, los Concejales de Ayuntamiento, el Colegio de Abogados, los individuos de las Reales Academias, los médicos que pagan contribución, los arquitectos é ingenieros, los profesores, los banqueros; si no es bastante, acúdase á las de mangueros y barrenderos, aguadores, lavanderas, mozos de cordel y criados de servicio; pareciendo poco todavía, léanse las de los hombres que se distinguen en literatura y artes, las de periodistas, industriales, comerciantes. ¿Cómo los hijos de Madrid se encuentran por rarísima excepción en ellas?

—La prueba no me parece concluyente, Sr. Hardt; esas listas no comprenden más que á ciertas clases de la sociedad. Se olvida usted de la de propietarios que viven de sus rentas, y de la honrada clase media, que sin evidencia compone la parte más sana, más fuerte y más útil, como contribuyente, al sostenimiento de las obligaciones del Estado.

—No, amigo mío; la clase media comprendida está en mis listas; no podrá usted desconocer que, componiéndose los Ayuntamientos y las Diputaciones provinciales de individuos que no nacieron en Madrid, sea claro que no existan en el número de los elegibles ni en el de los electores. Si clase especial hay que quepa descartar, será la aristocracia ó la nobleza, si usted quiere. Ésta es la que, á mi juicio, da algunos hijos á Madrid, entendiéndose por tales los que cuenten cuatro abuelos de la misma naturaleza, y á ellos deben agregarse los poseedores de fincas urbanas, bastante acrecidos desde la fecha de la desamortización, de las contratas de la guerra civil y de la baja de la Deuda pública. Empero á medida que los últimos aumentan, disminuyen los primeros, disminuyendo más relativamente su importancia y representación.

Los hijos de la Grandeza y de los propietarios y tal cual chispero de raza componen en realidad de verdad la posteridad genuina de la villa de Madrid, con el complemento de los expósitos de San Bernardino y establecimientos semejantes, á

los que no pueden disputarse el apelativo de madrileños. Como los de las dos clases primeras se crían en condiciones de desahogo y bienestar, por las cuales ven con desdén ó repugnancia el trabajo; como las últimas carecen de elementos en la lucha por la vida, desaparecen en la masa general de los emprendedores, siendo de todos modos fracción insignificante en la estadística del medio millón ó algo más que se guarecen en las orillas del Manzanares, y no digo nada en la de los 16 millones de españoles.

Si Madrid tiene hijos, se esconden, imitando á las aguas de su río, á menos que usted prefiera admitir en el clima, en el suelo, en la altitud y proximidad del granito de Guadarrama influencia que les condene á la oscuridad.

—La historia contradice en absoluto tan extrañas apreciaciones; ó usted no ha hojeado los libros de Baena, ó se chancea forjando paradojas.

—Nada de eso, la obra de Baena confirma precisamente cuanto voy diciendo: casi todos los *hijos ilustres* cuyos hechos fué recogiendo, nacieron en Madrid como usted, fortuitamente; los más de ellos no deben nada á la villa, ni la villa les debe cosa.

Hijos distinguidos ó bienhechores de ella deberán considerarse Sabatini, Pontejos, Piquer, Valle, Aguirre, el Duque de Sesto, el Marqués de Urquijo, todos los que emplearon la inteligencia ó el capital en mejorarla.

Hasta aquí los hombres: de las mujeres escribió D. José de Castro y Serrano, y con leer á usted un párrafo saldré del paso.

«A la manera que Madrid no es pueblo, dice, ni ciudad, ni capital de provincia, ni corte en ocasiones, ni centro geográfico de la Nación, ni metrópoli en el riguroso sentido de la palabra, y participa, sin embargo, de todos estos caracteres para constituir ese pueblo sin campo, esa ciudad sin murallas, esa provincia sin dialecto, esa corte sin etiqueta, ese centro sin radios iguales, esa metrópoli sin colonias que se titula capital del reino, del propio modo la mujer de ese sitio, á quien no puede llamarse aldeana, ni ciudadana, ni provinciana, ni cortesana, participa, sin embargo, de múltiples caracteres, que

nadie puede desconocer á primera vista cuando oye decir: «La madrileña.»

»Dicho se está que la madrileña no es de Madrid. Ninguna de las damas que andan por la capital y constituyen su vida y su ornamento ha nacido en Madrid ni en sus cercanías. Esta es andaluza, esotra gallega, estotra india ó poco menos: del Norte, del Sur, extranjeras, ultramarinas, ninguna de Madrid. Nosotros confesamos que á los veinte años de tratarlas no hemos dado con una siquiera que sea indígena. Es más: cuando alguna ha resultado de la población, solía decir con cierto aire de protesta:—«Yo nací en Madrid por casualidad: mis padres se hallaban litigando unos bienes.»

»No hay, pues, en Madrid mujeres de Madrid.»

—Creo dejar satisfecha la susceptibilidad de usted y acreditada la verdad de que no he pensado en los hijos de Madrid ni ocupádome de ellos para nada al encarecer en mis artículos la conveniencia y aun la necesidad de un libro serio que trate de *Madrid Nuevo*, estudiando la capital de España en paralelo con las de otras naciones grandes y pequeñas. Presentada la villa como habitación de españoles; repartida la responsabilidad de lo que en ella haya reprehensible; adjudicado á la totalidad el aplauso que merezcan las excelencias, dicho se está que cuanto se refiere á *limpieza, cultura, industria, benevolencia*, en los capítulos que han llegado á manos de usted, es aplicable á cuantos residen desde la falda meridional del Pirineo hasta el Mediterráneo, con aquellas diferencias que existen en cualquier casa entre el salón y la cocina, y por ende se deduce que tan injusta es la antipatía, la censura y la envidia si se quiere, con que de vez en cuando (en revoluciones y escisiones locales principalmente) se declama contra este centro, como la expresión de *provincianos* aplicada por los que han soltado el pelo de la dehesa á los que lo conservan largo y reluciente.

Que los teatros acaben la función después de la una de la noche, que las oficinas empiecen después de la una del día, indicaciones serán de que el jolgorio preside en las costumbres; Ministros, Gobernadores, Alcaldes y provincianos las sostienen; no las establecieron los hijos, que no existen, de Madrid

—No acaba de convencerme la dialéctica singular de usted, Sr. Hardt, por la que, en resumidas cuentas, he de contarme entre los mitos diciéndome madrifeño; pero desde el momento en que generaliza lo escrito á nombre de la capital, siquiera la pinte con el color que dió Stanley al continente de sus exploraciones, haciéndola pasar por la peor del mundo, no tiene objeto lo que me proponía decir hablando de estudiantes, de periodistas y periódicos, de galantería, educación, buena crianza, si bien reservo mi parecer y protesta.

—¡Por la peor del mundo! No he pensado, cuanto menos dicho, semejante cosa. Siendo todo relativo *sub sole*, al pedir que se compare con otras capitales, no entiendo que haya de hacerse únicamente con Viena ó con París, antes estimo que el autor consabido de *Madrid Nuevo* se ha de tomar el trabajo de analizar muchas, atreviéndose á anticipar que las encontrará inferiores á Madrid en más de un concepto. Monrovia y Port-au-Prince capitales son de Estados soberanos, y aunque imitadoras de la gran Unión americana, no son, particularmente en cultura, de las que busquemos por modelo. Objetará usted acaso que por el color de la piel de los ciudadanos, que es el que usaba Stanley por título de los países que iba visitando, no ofrecen término de comparación; en tal caso eliminará usted también por amarillos á los chinos, sin tener en cuenta que el matiz no les impidió conocer la pólvora, la imprenta, el imán, el papel, mucho antes que nosotros los blancos, ni que nos denominen *bárbaros de Occidente*. Apelo al testimonio de la Embajada en esta Corte. Separará usted á los turcos y moros, en razón á la influencia del Corán en sus costumbres; no admitirá usted capitales como Bogotá, Méjico ó Buenos Aires por obras de manos españolas, y estrechará mucho los límites de observación; sin embargo, aun son extensos los que se ofrecen al crítico desde la Venecia del Norte, ó sea Stockolmo, hasta la ciudad consagrada á Minerva, la ciudad de Platón, Esquilo, Fidias y Demóstenes, florón un día de la corona de España.

—Hay entre nosotros costumbres para cuyo juicio es inútil excursión tan larga; no existe nada con que compararlas fuera, y sin duda por ello, sin esperar al autor tantas veces invocado,

pronuncia usted la condenación en el calificativo de *escuela óptima*.

—¿Alude usted á las corridas de toros? En efecto, algo he dicho de ellas en los artículos que motivan nuestra conversación, pero nada original ni propio. El juicio pertenece á Jove-Llanos, ilustre prócer, filósofo y literato. Repetiré, ya que usted no lo recuerda, que dijo:

«Las fiestas de toros son los eslabones de nuestra sociedad, el pábulo de nuestro amor patrio y los talleres de nuestras costumbres políticas..... Todas las ciencias, todas las artes concurren á porfía á perfeccionarlas, y ellas á porfía perfeccionan las artes y las ciencias.»

—Calumnia. Jove-Llanos no escribió esos dislates que malamente le atribuyen, ni el verdadero autor, quienquiera que sea, logró con ellos menoscabar la afición á la fiesta nacional, característica, viril, incomparable; antes va siempre en auge, multiplicándose los circos ó plazas por las poblaciones de menor importancia. Dejando circunloquios, ¿condena usted la fiesta?

—No la condeno; pero no soy tampoco de los entusiastas que hagan expresamente viaje á Rioseco para presenciar la lidia que se anuncia por los cojos del pueblo, aunque es novedad atractiva. Justamente la ausencia de novedad en el espectáculo me lo hace parecer poco divertido.

—No lo entiende usted, Sr. Hardt; de otro modo, sabría que no hay dos suertes iguales, ofreciendo, por consiguiente, la corrida una variedad de lances que cautiva al inteligente. Nada queda, por otro lado, que discurrir; el arte del toreo ha conseguido el límite de la perfección; no hay que tocarlo.

—Confieso paladinamente que, ni del arte entiendo, ni soy de los que van á la función á contar las varas ó los pases de muleta; más que los toros me distrae la gente; lo que se oye me parece más instructivo que lo que se ve, y suéleme ocurrir que, más que inteligentes, hay en la plaza aficionados á la bota y la grito.

Figúrese usted que no he conocido todavía el arte que hay en la pica, con ser el principal de la fiesta, á lo que parece. Los telegramas publicados en los periódicos nos lo dicen:

«Sevilla.—Corrida magnífica. 35 caballos muertos.»

«Málaga.—Corrida detestable. 2 caballos muertos.»

Voy á referir á usted hechos que tal vez no conozca á pesar de su práctica. El ganado vacuno de la isla de Cuba no es tan bravo como el de estas tierras: criado en libertad en campos muy extensos, juntamente con las yeguas, se familiariza y vive en buena compañía. En las corridas que se celebran en la plaza de la Habana, los toros escogidos y encerrados propósito, acuden al reto del diestro prestándose á las suertes de capa y banderillas, mas no acometen al caballo. Los telegramas que de allá vinieran darían tristísima idea de la función, si el arte no encontrara medio de satisfacer á los aficionados, y el medio es éste: toman dos chulos una capa por las puntas, cubriendo con ella el caballo del picador; un tercero cita á la fiera encaminándola hacia el telón, que embiste inocentemente, hiriendo á lo que hay detrás. Así se consigue que mueran dos ó tres caballos.

Arte habría sabiendo el picador librar á la cabalgadura, como la libra el rejoneador; no es destreza, por consiguiente, lo que los espectadores quieren, sino tripas. El grito en los tendidos, cuando un toro se crece y derriba á los jinetes, es el de ¡caballos! ¡caballos! Llueven los insultos sobre los picadores de reserva que no acuden con prontitud á recibir el batatazo respectivo; se dirigen otros tantos á la presidencia si no envía á los alguaciles diligentemente para hostigar á los remolones; ¡caballos! ¡caballos! Salgan todos; no se enfríese ese hermoso animal. ¡Qué delirio cuando mata seis siquiera! ¡Qué corrida si el corral se llena de cadáveres!

¡Entonces tiene que ver la plaza! Los motines, destrozos, colisiones, ocurren siempre en tales momentos y por la misma causa; porque mueren pocos caballos.

Esto sabido, ¿no podría modificarse el espectáculo subrogando á los picadores? ¿No sería más artístico y airoso que los diestros lucieran su habilidad en las variadas suertes de capa, cansando al toro hasta prepararlo para los lances sucesivos? Las corridas perderían lo que tienen de feroz y repugnante, ganando en cambio la concurrencia de muchos que no se acostumbra á la vista de los escuálidos cuadrúpedos apaleados

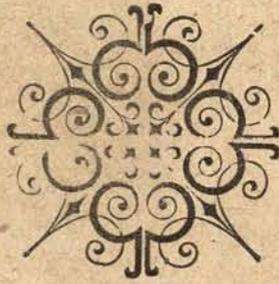
por los bípedos ayudantes de picador y entregados sin defensa á la fiera, por más que la fiesta se tenga por nacional. Perderían asimismo lo que fuera de España es causa de censura y reprobación universal.

Ello es que la suerte de pica es relativamente moderna en los circos, y que para nada se necesita. En reto de suficiencia entre dos de los espadas más populares, se fijó por primera condición que no hubiera en la plaza jinetes, pues así acreditarían los recursos que en la lidia sabían emplear. Ya en el Senado se han oído voces autorizadas clamando por una ley que reclaman tanto la humanidad como la cultura; ya en la prensa se significa, aunque con timidez, una tendencia que sólo en la rutina y en la abyección ha de encontrar opositores. ¿Por qué, si la reforma no se impone por el público, la dilatan los legisladores?

—Sr. Hardt, mientras ha sido cuestión de personas, he podido escuchar á usted con paciencia; tratándose de toros, es inútil la discusión: tengo que repetir que no lo entiende usted.









1053912





64 7 104566 12016

